

La calle
Diario de un espectador
Omnipresente Elena
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 28 de marzo de 2008

Elena Poniatowska está presente siempre. Continuamente, a menudo sabemos de sus trabajos y sus días. La leemos y escuchamos en foros tan dispares como el Noticiario de Joaquín López Dóriga en el canal dos de Televisa y las páginas de La Jornada. Esta semana, como todas, tuvo presencia notoria, el martes 25 en el Zócalo, en el mitin de la Comisión nacional en defensa del petróleo. El líder de ese movimiento, que ha confiado a la escritora otras misiones, le pidió ser parte del comité de intelectuales formado con ese mismo propósito. Como hace siempre, ante ese peticionario y otros que le merezcan confianza, Elena aceptó y por eso su firma calza (junto con la de Margo Glantz, Ida Rodríguez Prampolini, Laura Esquivel, José Emilio Pacheco, Sergio Pitol, Enrique González Pedrero, Carlos Monsiváis, Fernando del Paso, Lorenzo Meyer, Hugo Gutiérrez Vega, José María Pérez Gay, Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, Héctor Vasconcelos, David Ibarra, Luis Javier Garrido, Carlos Pellicer López, Enrique Semo y varios más) el sintético, epigramático, casi telegráfico mensaje que define la posición de esos creadores:

“Privatizar, con el nombre que se le quiera dar, es despojo triple: a la gran herencia de la soberanía, a la nación de hoy, y a las generaciones siguientes.

“Oponerse a la privatización del petróleo es sustentar las realidades y las esperanzas en la ley”.

Al día siguiente, Elena fue el centro de otro acto cultural, de magnitud diferente pero de hondura semejante. Recibió el premio Coatlicue —una perla más en el vasto collar de sus preseas y reconocimientos, que incluye el doctorado honoris causa de la Universidad nacional autónoma de México--, que año con año otorga el Colectivo de mujeres en el arte (CoMuArte). Esta organización dedicó a la escritora su segundo Encuentro internacional, y el octavo Encuentro iberoamericano. Además de la homenajead, y de sus talentos y gracias hablaron dos rosas, Rosa Beltrán y Rosa Nissán, esta última escritora tardía, descubierta ante sí misma y ante los lectores gracias al taller de literatura que por años encabezó Elena Poniatowska.

La autora de Hasta no verte, Jesús mío, trasladó el reconocimiento que merecidamente se le otorgaba a otras mujeres, “escritoras que en su vida se sintieron relegadas”. Citó entre ellas a dos a las que conoció de cerca, Rosario Castellanos y Elena Garro, acerca de las cuales ha escrito más de una vez. De su libro Las siete cabritas, donde ambas figuran, tomaremos la próxima semana unas líneas para ver de qué manera fueron o se sintieron relegadas, no obstante el gran valor de su literatura.

Rosa Beltrán no entra en ese cuadro de marginación de las mujeres. Como investigadora y como escritora su trabajo es reconocido en sus grandes méritos. Actualmente es, además, directora de literatura en la Coordinación de difusión cultural de la UNAM. Dijo de Elena Poniatowska que “antes de leerla ya la hemos conocido de modos diferentes. Ella está en boca de todos, es cita de quienes leen y de quienes no; es tema obligado en los programas de literatura nacional y sujeto de estudio en la academia norteamericana; está unida indisolublemente a la izquierda y, por tanto, es motivo de preocupación de la derecha; su obra y su biografía son referencia de los paladines de causas imposibles: las costureras, los estudiantes muertos, las mujeres violadas y obligadas a parir.

“Es ella hablando y son ellos también, es una voz doble que impregna la cultura mexicana de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI, de modo que al pensarnos, se hace imposible prescindir de la mirada poniatésca, sobre todo si queremos entender el otro lado de este país, un país de molinos, no de viento sino de nixtamal, al que hemos leído en buena medida por su boca”.